

Dirección Nacional de Tecnología Educativa
Departamento Ediciones de Educación

Cuadernos AULA BELGRANO

GRACIELA MATURO

RAICES ETICO-RELIGIOSAS DE LA CULTURA NACIONAL



Nº 7

Biblioteca Nacional de Maestros

Ministerio de Cultura y Educación

**Ministerio de Cultura
y Educación**

***Raíces Etico-Religiosas de la
Cultura Nacional***

Graciela Maturó

**Cuadernos "AULA BELGRANO" Nº 7
Biblioteca Nacional de Maestros**

1992

Presidente de la Nación
Dr. Carlos Saúl Menem

Ministro de Cultura y Educación
Prof. Antonio Francisco Salonia

Secretario de Educación
Lic. Eduardo Horacio Carbó

Subsecretario de Educación
Prof. Sergio España

**Subsecretario de Planeamiento e
Innovaciones Educativas**
Dr. Jorge Aguilera

Subsecretario de Universidades
Dr. Eduardo Roque Mundet

Secretario General
Dr. Guillermo Heisinger

Directora de la Biblioteca Nacional de Maestros
Lic. Graciela Maturo

Subdirector de la Biblioteca Nacional de Maestros
Lic. Daniel Malcolm

Coordinador Editorial
Lic. Bertha Bilbao Richter

Raíces ético-religiosas de la cultura nacional

Lic. Graciela Maturó

Me propongo plantear, brevemente, un tema que considero fundamental en el necesario debate que hoy está reclamando la crisis nacional, a todos evidente en sus aspectos morales, sociales, intelectuales y políticos. La apreciación consciente de semejante quiebra nos lleva a suscribir plenamente expresiones que fueron emitidas por hombres políticos argentinos en momentos anteriores de nuestra historia; me refiero a los conceptos de "reparación nacional", enunciado por Hipólito Irigoyen en la década del 20, y de "reconstrucción del hombre argentino", proferido por Juan Domingo Perón en 1972. Los males denunciados entonces no han hecho sino agravarse en la Argentina y en América Latina, dentro del contexto de una crisis mundial generalizada.

Nos vemos hoy abocados a trágicas aporías, y acaso a opciones en que se juega la última posibilidad de una vida humana sobre la tierra. Por ello no nos parece exagerado ni tremendista dar una voz de alerta y convocar a esa tarea reparadora y constructiva a todos aquellos que creen aún en el hombre y en la nación.

Ordenaré estas breves reflexiones en tres momentos: 1) un marco teórico sobre lo humano y la cultura, que nos permitirá someter a crítica ciertas nociones de progreso que se manejan actualmente; 2) un diagnóstico de la situación nacional, que se extiende en alguna medida a los países latinoamericanos; 3) aspectos propositivos que a nuestro juicio pueden ser puestos en práctica para tender a una superación de la crisis.

- 1) Es innegable que cuando se trata del hombre y de la cultura cabe dejar de lado la aspiración a definiciones y cánones universalmente aceptados por todos, o capaces de lo humano, y en consecuencia de lo que se entiende por cultura. Quienes conciben al hombre como un ser biológico que actúa en el mundo para proveer a su subsistencia y desarrollo material, dota-

Graciela Maturó. Licenciada en Letras. Escritora, ensayista. Catedrática en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Católica Argentina. Investigadora Principal del CONICET. Directora del Centro de Estudios Latinoamericanos y de la revista libro *Megafón*; asesora de diversas editoriales. Profesora en el Instituto Teológico Franciscano. Ha publicado obras poéticas y de investigación literaria, y dirigido colecciones y obras de conjunto. Es Directora de la Biblioteca Nacional de Maestros.

do de inteligencia que le permite afinar conocimientos y alcanzar el dominio de la materia, ofrecerán un concepto de cultura como trabajo y producción de bienes, ordenación social y económica, despliegue del conocimiento y evolución técnica, a veces destinado a su mayor felicidad, a veces despojados incluso de este objetivo y librados a una suficiencia inmanente. No es extraño que para esta mentalidad, que aflora plenamente con la modernidad occidental y se revela ajena a las grandes culturas antiguas, el modelo del hombre como animal biológico se haya visto sustituido por el hombre inquisidor y dominante cuyo arquetipo es Fausto, o últimamente por el hombre mecanizado que utiliza aparatos y llega a verse reflejado en ellos. Este concepto de cultura suele compensarse con el adorno de la expresión artística - desván de lo rechazado o ampliarse parcialmente hacia una reflexión rutinaria, de incurable horizontalidad, que limita las auténticas aventuras del intelecto.

Del otro lado colocamos un concepto del hombre que ha sido patrimonio de todos los pueblos de la tierra, y ha presidido los momentos históricos de mayor esplendor como propuesta de un humanismo; se trata de un hombre fundado en su ser espiritual, cuya conformación psicofísica se halla intrínsecamente trabada en función de éste. Sin desviaciones idealistas ni materialistas, esta idea del hombre como ser encarnado pero a la vez abierto a su realización terrena y trascendente, reconoce un fundamento ontológico, una religación con un origen sagrado. Para tal concepción, que no es privativa de los humildes o sino que esclarece importantes aventuras filosóficas en todo tiempo, la cultura es desarrollo integral que conecta permanentemente supervivencia y espiritualidad, trabajo y finalidad trascendente, conocimiento científico y realización de la persona.

Partimos pues de la aceptación del hombre como sujeto encarnado en una corporalidad y en un marco ecológico que constituye su horizonte simbólico primario; capaz de conocer y evolucionar no sólo por el despliegue de su raciocinio sino por la múltiple direccionalidad de su percepción, afectividad, intuición y voluntad.

La expansión y agrupamiento social inherentes a la vida humana no se concretan, sin embargo, alrededor de intereses puramente materiales dictados por la necesidad de sobrevivir en medio de la naturaleza, o por su instinto indagador y dominador. Tales tendencias se tornan específicamente humanas al ser conducidas e iluminadas por ejes de sentido, valores ético-religiosos que afloran en la conciencia personal y son a la vez herencia y memoria colectiva del grupo humano. Cuanto se ha intentado por dar cuenta de ese mundo de valores desde un punto de vista racional o pragmático ha fracasado, pues se revelan injustificables a la razón científica e incluso ociosos para una ordenación utilitaria de la existencia. Ligados al reconocimiento afectivo, los valores constituyen disposiciones arquetípicas que las religiones adscriben a la revelación primordial, pero que pueden ser vistos asimismo, en una apreciación fenomenológica, como rasgos inherentes a la personalidad humana en sus aspectos más íntimos y constitutivos.

Se acercarán en suma a esas pre-formas que, en el pensamiento de Jung, han sido señaladas como suelo anterior a toda adquisición científico-ideológica, y como fuerzas generadoras de la personalidad.

El mundo de los valores se abre en varias direcciones, que Platón supo exponer admirablemente al señalar como esferas concurrentes e interconectadas lo Bueno, lo Bello y lo Verdadero. La esfera de lo Bueno se relaciona con los valores éticos y preside toda actividad social o política. Lo Bello se relaciona con la sensibilidad y la voluntad expresiva que contribuyen a su desarrollo en todo aquello que denominamos convencionalmente las artes, la literatura, lo verdadero, de un modo amplio, no sólo se relaciona con la ciencia sino asimismo con la filosofía y la religión, pues todas ellas son vías de conocimiento y aproximación a la verdad.

La conciencia humana tiende naturalmente hacia tales esencias a través de su relacionamiento con el mundo, en las múltiples direcciones de su actividad corporal, espiritual e intelectual. Ese desarrollo, no individual sino colectivo y acumulativo, genera el proceso de hominización que denominamos cultura, y que deriva

en una producción continua de bienes y creaciones objetivas puestas al servicio del crecimiento humano. Rechazamos pues toda dicotomía entre cultura económica y cultura espiritual, pues todo lo humano se halla interpenetrado por la espiritualidad que es su nota característica. De ello se desprende que existen culturas no volcadas activamente a la producción de bienes materiales pero no por ello menos plenas en sus valores; y existen asimismo civilizaciones que al poner el acento pura y exclusivamente en la producción material o técnica descuidan la hominización, olvidan los valores, y por lo tanto ponen en crisis un auténtico sentido de la cultura.

Para finalizar con esta reflexión preliminar, fijaremos sintéticamente algunos conceptos a ser tenidos en cuenta cuando hablamos de cultura:

- hombre. Definido por un sujeto espiritual encarnado que tiende a valores.
- pueblo. Los hombres se agrupan en sociedades que comparten un destino común.
- paisaje. Aunque existen pueblos itinerantes, lo general en los pueblos es el arraigo en una tierra, en un marco ecológico que es también significativo.
- historia. La cultura de un pueblo no es estática, hay grados diversos de propensión al cambio.
- identidad. Pese a ese dinamismo, un pueblo va perfilando una identidad.
- diálogo de culturas. La humanidad como un todo tiende a un auténtico universalismo que no significa imposición de una cultura, de una civilización, sobre las demás.

2) Sentados algunos presupuestos básicos dentro de los cuales se mueve nuestra reflexión, volvamos la atención a la situación nacional en el momento actual, como culminación de una crisis prolongada que se incentiva ante la inminencia y entrada de la Argentina en las coordenadas del mundo post-industrial y de la revolución cibernética.

No está de más recordar que el concepto de crisis, griego y cristiano,

se liga en su origen a una idea ritual de transformación. Crisis es enfermedad, paso de un punto peligroso que puede conducir a la muerte o a la recuperación superadora. En un sentido amplio toda la historia humana es una sucesión de crisis, una tensión reiterada, expuesta al riesgo. Pero acaso es ahora cuando ese riesgo se hace más extremo y se liga asimismo a una cuestión de supervivencia.

Una consideración de la modernidad, dentro de la peculiar evolución de Occidente, podrá devolvernos una visión amplia de los efectos positivos y negativos que ha comportado una historia a la cual pertenecemos, pese a nuestra particular situación de pueblos mestizos, coloniales, que acceden en tiempos recientes a su relativa autonomía. No es este el momento de detenernos en ello, pero recordemos que el doble origen autóctono e ibérico, con los ulteriores aportes europeos recibidos, marca a los pueblos latinoamericanos una situación de dependencia, paralelismo, anacronismo y confrontaciones sucesivas con relación a Europa. El siglo XV culmina con el "descubrimiento" de las Indias Occidentales. Por vez primera, aunque hubo expediciones anteriores, el mundo era abarcado en un gesto totalizador y España se proponía incorporar nuevas tierras a una concepción ecuménica, en una modalidad que fue ajena a los ingleses en su expansión mundial. A su turno, los pueblos indígenas recibían la cruz y la pólvora, la imprenta y el sentido de la historia. Colocarse en jueces de este complejo proceso es permanecer ajenos a la historicidad.

La emancipación trajo para nosotros una nueva fractura histórica; el acceso de las dirigencias al iluminismo europeo, y su desarraigo de las clases populares mestizas. Rompíamos con España, pero también con nuestro pasado cultural indígena e hispano-colonial. Tuvo allí su origen la dicotomía social, cultural y política que ha generado constante desasosiego en la vida argentina.

Una nueva confrontación se produce en los tiempos de la organización nacional, cuando - luego de la batalla de Pavón - las dirigencias triunfantes ordenan las instituciones nacionales en torno al modelo ilustrado de los países hegemónicos del siglo XIX: Francia e Inglaterra, sin ignorar su admiración por la potencia

incipiente norteamericana.

Sin pretender pasar revista a toda la historia de este tiempo, me limitaré a señalar las sucesivas irrupciones en el sentido ya apuntado de "reparación" o "reconstrucción" cultural, cuando las clases sumergidas, el estilo cultural de los humildes, los valores ético-religiosos tradicionales, negados o relegados por sucesivos grupos iluministas, acceden al poder encabezando los movimientos populares radical y peronista. Son momentos fuertes de nuestra historia, los cuales no comportan solamente reivindicaciones sociales o económicas, sino reivindicaciones profundas de un estilo cultural que más allá de las clases ha caracterizado al conjunto de nuestra sociedad. Muchos de nuestros próceres, aún con ideas progresistas avanzadas, participaron de ese corpus tradicional que se va debilitando paulatinamente por las sucesivas oleadas del modernismo, con sus secuelas racionalistas, su imposición de un nuevo modelo presuntamente universal, su dominio comunicacional, sus lenguajes propios.

Nos atreveríamos a afirmar que esta vez la confrontación es mucho más grave y decisiva, ya que nos invade una moda antihumanista que pone en crisis el concepto mismo de la vida, de la familia y de la comunidad, reemplazándolo por incentivos consumistas, sustitutos mecánicos y modelos cibernéticos. Las voces esclarecidas que se alzan en el mundo hiperindustrializado alertando sobre los peligros de esta relegación de valores no son escuchadas aquí, sino por una minoría. En cambio, los apologistas del progreso mecánico gozan de amplia difusión y de un aparato de creación masiva de consenso.

Las clases dirigentes parecen olvidadas de su misión específica, interpretar e implementar la voluntad del pueblo. Los intelectuales, seducidos, en gran número por los señuelos del poder o contratados por fundaciones empresarias que orientan el desarrollo científico, cultivan un discurso confuso y ambiguo apto para medrar sin sobresaltos y mantener su inserción en el Sistema.

Las clases populares, sometidas a la injusticia social y aún a la marginalidad, condenadas al desamparo y al analfabetismo, luchan por sobrevivir a la adversidad y, como es obvio, nadie puede esperar de ellas una clara defensa de valores. Si bien es en el ámbito del pueblo donde aún subyacen las reservas, no debemos idealizarlos, pues las técnicas modernas de agresión audio-visual, lo deterioran e inficionan diluyendo sus particularismos y alterando sus modos culturales.

- 3) Frente a la crisis de nuestra cultura nos cabe sin embargo una última actitud que parte de una plena toma de conciencia del mal, de un sentimiento de participación en él y de una voluntad de conversión y expiación. Todas las convocatorias realizadas en los últimos tiempos por obispos, militares o políticos fracasaron, ya sea por falta de una credibilidad social, por excesos de soberbia o por evidentes cálculos electoralistas. Estamos convencidos de que sólo el ejemplo y la prédica activa de cada uno de nosotros podrá producir el milagro de la redención nacional.

No ignoramos en ello el papel de un intelectual despierto, independiente, comprometido con valores éticos, dotado de una vocación comunitaria. Pero no se trata solamente de una tarea intelectual, sino especialmente de una tarea espiritual.

Ninguna reconstrucción social será posible sin una reconstrucción del sujeto, de la persona humana. Nos queda apelar a las conciencias libres, a un acto de conversión, autocrítica profunda, y sacudimiento de la inercia para unirnos solidariamente contra la fuerza imperial, contra la barbarie mecanicista, contra el enemigo sin rostro.

Ofrecemos aquí algunos aspectos que creemos inherentes y necesarios a la superación postulada, y que tanto podrán ser puestos en práctica a nivel individual por la convicción e irradiación que emane de nosotros, como podrán ser instrumentados a través de la

generación de políticas culturales y educativas acordes con la necesidad de la hora.

- Generación de una conciencia nacional a través de la activación de una memoria histórica.
- Revaloración del pensamiento filosófico no como mera continuación de otros discursos sino como pensar originario y actuante sobre la comunidad.
- Recuperación de la función humana y no ornamental de las artes y de las letras.
- Revitalización de los núcleos ético-religiosos que orientan a la comunidad y se hallan vivos en sus ritos, fiestas, cultos populares, a través de un concepto de tradición dinámica.
- Recreación de las corrientes políticas sobre la base de principios y proyectos, y reformulación de nuestra inserción personal en ellas.
- Afirmación de las identidades regionales para un auténtico federalismo.

Impreso en el mes de octubre de 1992 en los
Talleres Gráficos del Ministerio de Cultura y
Educación, Directorio 1781, Bs. As., Argentina.
